

GLOSARIO

EN la Biblioteca Nacional se conmemora, aunque con retraso, el centenario del nacimiento de Blest Gana. Un grupo de escritores chilenos tomó sobre sí la tarea de preparar una velada para rendir un homenaje al que tan alto había colocado la novela nacional.

Hace tres años—dijo el señor Guillermo Feliú Cruz al explicar el significado de esa fiesta—debió conmemorarse el centenario del nacimiento del escritor. Ese día se cumplió el 14 de Julio de 1930. Mes fatal... ¿Vale la pena recordar siquiera lo que él ha representado en las vicisitudes de nuestra existencia política, sonrojada de bochornos? No parecía sino que un destino cruel nos alejaba de cumplir con tal obligación. Hoy pagamos, si bien con tardanza, el compromiso contraído...

Aludió Feliú Cruz a la situación dictatorial en que se encontraba Chile a la fecha del centenario. Los espíritus estaban como achatados y no era posible, por diversas razones, celebrar un acontecimiento de orden puramente intelectual.

Se le debía, pues, un homenaje a Blest Gana y se pagó la deuda. Hablaron Mariano Latorre y Domingo Melfi. Analizaron la obra del escritor y presentaron en un cuadro general la personalidad del novelista en relación con el medio y el ambiente del siglo XIX. La obra de Blest Gana es representativa de la época y pudiera decirse de ella, que es la crónica novelada exacta y minuciosa de las costumbres y características de ese siglo. Es el esfuerzo más considerable de interpretación artística, en América, de un pueblo, en la unidad y en la continuidad cíclica de personajes y ambiente. Blest Gana tomó la sociedad chilena en su nacimiento, con la epopeya *Durante la Reconquista* y la estudió a través de sus vicisitudes y alternativas, hasta el instante en que ya formada, comienza a sufrir la acción entorpecedora de la riqueza que la trastorna en sus fundamentos morales. Los *Transplantados*, la última de sus novelas sintetiza perfectamente este momento, puesto que el novelista presenta, en un cuadro amplio, la situación de las familias his-

panoamericanas en París, y la existencia que llevan de derroche, de disipación y de olvido de la tierra nativa.

Por muchos aspectos la obra de Blest Gana contiene admirables sugerencias acerca de la vida chilena y falta indudablemente el ensayo completo sobre este novelista.

Creemos oportuno reproducir el discurso del señor Feliú Cruz:

Fuera vano intento, señores, ansiar el logro de una formal nacionalidad, sin referirla, día a día, con devoción religiosa, al cultivo de sus mejores tradiciones, y sin que en los hombres que aspiran a una patria engrandecida por las virtudes de la inteligencia, cupiera la generosa veneración de sus figuras señeras. Fiel a tal concepto, la Biblioteca Nacional, en cuyo nombre tengo el honor de hablar por especial encargo de su director, ha querido reparar una injusticia, al consagrar al nombre del creador de la novela nacional un homenaje a su memoria, tributo de simpático recuerdo que el país le debía a Blest Gana, el que fuera gran servidor público de antigua y meritísima escuela, brillante, sagaz y osado diplomático en horas de angustia para la República, en los días inciertos de una guerra, modelo clásico de ciudadano del país que pintara en su obra cíclica, chileno hasta la médula, empapado en su amor, no obstante haber vivido, por extraños designios del destino, por más de medio siglo, fuera de sus lindes y en lejanas latitudes. Le debían también este homenaje mayormente que nadie, los hombres de letras, y entre ellos, con singularidad, los escritores jóvenes que sienten encendidos el cariño de la tierra, los que han comprendido la visión de sus tipos, los que han interpretado su paisaje, los que sabemos del ánimo que da el tono y el matiz de nuestro pueblo. No podíamos prolongar por más tiempo, sin caer en el reproche de la ingratitud, este imperioso deber, y habría sido menguada condición la de nosotros como personeros de un ideal de cultura, haber dejado envuelta en las sombras del tiempo la recordación de la obra de quien con más vigor de artista y conciencia de escritor, trazara los admirables cuadros costumbristas de una sociedad que fué. Y nos complace que este acto justiciero se realice en esta casa. Como en ningún otro instituto, el nombre de Blest Gana encuéntrase más fuertemente atado a la función principalísima que le señala su rol de ilustrador. Los libros suyos, como los de Vicuña Mackenna y Pérez Rosales, característicos de la literatura chilena del siglo XIX, forman el alimento cotidiano de una inmensa población de lectores, que no excluye ninguna de las categorías sociales, que no repara en las condiciones del sexo, que no limita las edades. Los lee el pueblo, en lo que esta expresión tiene de masa, de grupo, salido del taller, de la fábrica, del conventillo, del suburbio espeso y abigarrado. Los lee la burguesía acomodada a las aspiraciones de un mediano bienpasar, esa burguesía tímida, eternamente equilibrada en el deseo de parecer bien y respetable. Los lee la aristocracia para saber cómo fueron tantísimos abuelos pachecos desprendidos del cuadro de Velásquez y caídos en esta tierra donde formaron hogares, cuya familia agrupaba el brasero crepitante de carbón de espino en el invierno y las matanzas del ganado en el verano, en las opulentas casas de la hacienda.

Hace tres años debió conmemorarse el centenario del nacimiento del escritor. Ese día se cumplió el 14 de Junio de 1930. Mes fatal... ¿Vale la pena recordar siquiera lo que él ha representado en las vicisitudes de nuestra existencia política, sonrojada de bochornos? No parecía sino que un destino cruel nos alejaba de cumplir con tal obligación. Hoy, Dios mediante, pagamos si bien con tardanza, el compromiso contraído. Y ciertamente que él quedaría saldado en definitiva si la «Sociedad Amigos de Blest Gana», que ahora tam-

bién se constituye, lograra en un porvenir no muy lejano, cumplir este programa: repatriar los restos de Blest Gana, levantar un monumento al autor de la epopeya de *Durante la Reconquista* y editar las obras del novelista. Así habría cumplido su misión.

En el número próximo de ATENEA que estará por lo demás dedicado a conmemorar el número 100 de la revista, se insertarán los trabajos de los señores Mariano Latorre y Domingo Melfi M.